

del imperio, debía encontrar imitadores. La dignidad de la Francia se manifestaba cuando despues de desgraciadas guerras podia salir de ellas con pérdidas poco considerables, y conservando el trono de España en la familia real. La rivalidad que duraba hacia dos siglos entre aquellos dos Estados, cesaba de existir; pero pronto se conoció cuán débiles son los vínculos de parentesco en política. El efecto principal de aquella paz había sido separar de la España las provincias flamencas, para adjudicarlas al Austria, con la idea de conservar el equilibrio, reprimir las disposiciones invasoras de Luis XIV, y defender al Austria, al imperio y á la Holanda. En vano trataron los protestantes de obtener en el tratado algunas ventajas para sus correligionarios.

Las potencias marítimas estipularon en ventaja propia; resultando un engrandecimiento en el sistema comercial. Pero la Holanda, á la que Witt queria engrandecer por el mar y no por el continente, gastó trescientos cincuenta millones de florines en obtener el tratado de la Barrera, como garantía de su futura existencia. La Inglaterra había dirigido la guerra y la paz; pudo, con el sistema de empréstitos introducido entonces, proporcionar subsidios y soportar enormes gastos. Entonces encontraba ventaja en permanecer unida al emperador, como dueño de los Países Bajos, y podia ganar á su partido á la Saboya, como tambien á los principes del imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, siendo partidaria suya la república de Holanda, y poseyendo ya más medios para seguir sus combinaciones políticas, quedaba árbitra del continente.

Los pueblos habían sufrido más de lo que puede expresarse, y nada se estipuló para ellos.

CAPITULO X.

Fin de Luis XIV.

Aquella larga guerra había sido producida por culpa de Luis XIV, cuya ambicion no conocia límites, resultando la independencia de toda la Europa. Negándose á ceder algo en un principio, se arriesgó á perderlo todo. La partición que las personas moderadas habían propuesto al comenzar la lucha se efectuó despues; pero cuánta sangre y dolores no costó!

La nacion no se atrevia á insultar á aquella grandeza decaida, y hasta temia un porvenir más deplorable. Sin embargo, la poblacion estaba diezmada, destruida la industria por la revocacion del edicto de Nantes, y por la reaccion de aquellos á quienes había tratado de perjudicar con el sistema de Colbert; los campos aniquilados por enormes contribuciones, y provincias enteras reducidas á desiertos, por órdenes positivas ó persecuciones religiosas. Causaba desaliento ver al gobierno sucumbir bajo el peso de una deuda de 2.600.000.000, equivalente al doble en el dia, recurrir á expedientes desastrosos, crear empleos ridículos para venderlos, pagar al 10, al 20 y hasta al 50 por 100 el dinero que la Inglaterra y la Holanda obtenian al 4, y sin embargo, no podia atender á sus necesidades; dejaba al ejército sufrir derrotas y humillaciones, á los habitantes morir de hambre y frio, mientras que los arrendadores de las contribuciones seguian cobrándolas inexorablemente, hasta el grado de haberse rebelado ciertas provincias, y haber sido preciso tomar por asalto á Cahors.

Vauban y Bois-Guilbert describieron aquellas miserias con la elocuencia de los hechos. Vauban no hubiera sido ménos grande en la administracion que en la guerra. Educado entre el pueblo, su atencion se fijó en sus sufrimientos; así es que se informaba constantemente del estado de las provincias, de los medios de mejorar su suerte, de los productos más ventajosos, de las medidas que se habían de adoptar para suprimir las contribuciones odiosas, refrenar la avaricia de los exactores, y aumentar las rentas del tesoro disminuyendo las cargas de los súbditos. De esta manera heria grandemente los intereses de los que engordaban con la sustancia del pueblo, por lo cual le presentaban al rey como culpable de ofensa hácia él en la persona de sus ministros; y el crédulo Luis XIV, que se había servido de él para ceñir su frente con detestados laureles, le arrebató su favor, y dejó morir oscuro y lleno de desaliento.

Si la verdad es una injuria, Luis XIV debió, en efecto, creerse ofendido por un libro del mariscal, en el que se demostraba que una décima parte de la poblacion francesa se encontraba reducida á la mendicidad; que de las otras

nueve décimas, cinco no estaban en estado de dar limosna al necesitado, tres en mal estado, comprometidas en procesos y gastos: sólo quedaba una décima compuesta de nobles, personas dedicadas á las armas y á la toga, sacerdotes, empleados, grandes comerciantes y rentistas que componian entre todos cien mil familias, de las cuales no había veinte mil que pudiese decirse que estaban bien.

No es este el lugar de examinar los remedios sugeridos por Vauban, fundados en una reparticion igual y general de los impuestos, y en una aritmética política admirable para la época, tanto más, cuanto que en el siglo de los privilegios y del orgullo aristocrático, todas sus ideas tenían por objeto el bienestar de aquel pueblo en quien nadie pensaba, al paso que para él era el nervio del Estado. Ahora bien, Vauban se atrevió á hacer presente á Luis XIV, acostumbrado sólo á las alabanzas y aplausos por la felicidad que proporcionaba á sus súbditos, el mal que roía á los miembros inferiores, y amenazaba llegar pronto al corazón y á la cabeza.

«Cerca de una décima parte de la poblacion, decia, se ve reducida á la mendicidad propiamente dicha, y no hay diez mil familias que se puedan llamar acomodadas.» Bois-Guilbert, teniente general en la baillía de Rouen, se expresaba en estos términos: «Las contribuciones se cobran con gran rigor, y lo ménos la cuarta parte se consume en gastos. Sucede con frecuencia llevar las ejecuciones hasta el grado de coger las puertas de las casas, despues de haberlas vaciado; algunas han sido demolidas para sacar las vigas y tablas y venderlas cinco ó seis veces ménos de su valor. Excepto el hierro y el fuego, que gracias á Dios no se han empleado aún para forzar al pueblo, no hay medio que no se haya puesto por obra, y todas las provincias del reino están en la mayor ruina.» Fenelon se había mostrado contrario á la guerra, que consideraba injusta, y había aconsejado á Felipe V renunciarse á un trono desastroso; despues, cuando estalló, acudió á ayudar al hambriento ejército abriéndole sus propios graneros. Ahora bien, á sus ojos, el único remedio á tanta desgracia era convocar á los notables, y queria que el duque de Chevreuse persuadiese de ello al rey.

«No veo ningun sólido recurso sino aquel de que no convencereis al rey. Nuestro mal procede de que esta guerra no ha sido hasta ahora más que asunto del rey, que se encuentra arruinado y desacreditado. Sería preciso convertirle en asunto de toda la nacion. Demasiado lo ha llegado á ser; pues si se interrumpe la paz, toda ella se ve en próximo peligro de ser subyugada..... Para salir bien en punto tan difícil, era preciso que el rey diese parte al cuerpo de la nacion del plan general de los negocios, con objeto de que se ejecutase voluntariamente de la manera más vigorosa y más arreglada á sus propias resoluciones. Pero para conseguir esto, es preciso que el rey entre en materia con cierto número de notables de las diferentes clases y países. Debían adoptarse sus consejos y hacerles buscar detalladamente los medios ménos duros de sostener la causa comun..... El rey ha tenido la desgracia de quitar el dinero de manos de todas las buenas familias del reino para hacerle pasar sin medida á la de los contratistas y usureros..... Mientras que el despotismo está en la abundancia, obra con más prontitud y eficacia que ningun gobierno moderado; pero cuando cae en el aniquilamiento, sin crédito, se queda absolutamente sin recursos. No obra sino por pura autoridad; si falta el resorte no puede ménos sino acabar de dejar morir de hambre á una poblacion medio muerta, áun cuando tenga que temer la desesperacion.

»Cuando el despotismo se encuentra notoriamente empeñado y en bancarota, ¿cómo queréis que las almas venales, que han engordado con la sangre del pueblo, se arruinen por sostenerle? Es querer que los hombres interesados no tengan interés. Nuestro gobierno, despreciado en la misma Francia, es el que da tanta altivez á nuestros enemigos... Me direis que el rey es incapaz de recurrir á tales medios; que nadie se inclina á proponérselos, y que no está siquiera en estado de consultar, cuestionar, considerar á los diferentes talentos, comparar sus diversos proyectos y decidir sobre sus pareceres. A esto contesto que es bien triste, que siendo el emético el único remedio que queda de salvar al enfermo, no tenga éste fuerza para tomarle, ni para sufrir la operacion. Si el rey está muy distante de aceptar este recurso, lo está de la salvacion del Estado; si es incapaz

del último medio de sostener la guerra sin esperanza de obtener la paz, ¿qué se aguarda de él? Si la próxima ruina de su corona no le hace aún abrir los ojos, y adoptar pronto partidos proporcionados al peligro, cambiando lo que hay necesidad de cambiar, ¿no está todo perdido? ¿Cómo se puede decir que el rey ve la mano de Dios y aprovecha la humillación, si una desmesurada altivez le hace desechar el único recurso que le queda, cuando se encuentra ya á orillas del abismo?... Me direis que Dios sostendrá á la Francia; pero os pregunto: ¿dónde está esta promesa, teneis alguna garantía de estos milagros? La necesitáis sin duda para sosteneros como en el aire. ¿Los mereceis acaso en una época en que vuestra próxima y total ruina no puede corregiros, en la que aún sois duro, altanero, fastuoso, incalumniable, insensible y dispuesto siempre á dejaros adular? ¿Se ha de apaciguar Dios por veros humillado, sin humildad, confundido por vuestras propias culpas, sin querer confesarlas, y dispuesto á comenzar de nuevo, si pudiérais respirar dos años? ¿Se ha de contentar Dios con una devoción que se reduce á dorar una capilla, rezar un rosario, oír una música, escandalizar con facilidad y arrojar algun jansenista? No sólo se trata de concluir la guerra fuera, sino de dar pan en el reino á los moribundos, restablecer la agricultura y el comercio, reformar el lujo que gangrena todas las costumbres de la nación, recordar la verdadera forma del reino, y templar el despotismo, causa de todos nuestros males. Se aplaude la devoción del rey, porque no se irrita contra la Providencia que le humilla. Se contentan con creer que no ha cometido ninguna importante culpa, y que se considera como un santo rey que Dios prueba, ó á lo más, como un rey que ha pecado, como David, por la fragilidad de la carne en su juventud. ¿Le dicen acaso que es preciso que conozca que, trastornando todo el orden, es como se ha hundido en el abismo, de donde parece que nadie puede sacarle? Por otra parte os confieso que temo por nosotros tanto el buen éxito como las adversidades. ¿Quién nos sufriría si saliésemos de esta guerra, sin una completa y final humillación?...»

¿Pero el poder absoluto tiene en sí algun medio de corregirse, y debía esperarse que se-

mejante déspota se decidiese á discutir, en presencia de sus súbditos, sobre materias en las que siempre había decidido soberanamente? No podía existir verdadero despotismo donde aún subsistían los privilegios del clero, de la nobleza, de las municipalidades, del parlamento. Se consiguió deslumbrarlos; su oposición desarrolló el espíritu nacional, avivado aún por el esplendor de Luis XIV y por el respeto que habían generalmente inspirado. Pues si en España la monarquía pura asesinó á la nación, en Francia se asoció á los progresos. Luis XIV, como su representante, amenazó el equilibrio político, tanto más, cuanto que la civilización francesa encontraba simpatías en Europa; pero le salió al encuentro el príncipe de Orange, que representaba la independencia. Toda la Europa tuvo que elegir entre los dos, y lo que parecía una lucha de odios y frívolos celos, llegó á ser una guerra de principios.

Felizmente la obstinación de los enemigos de Luis XIV en querer arrebatárselo todo lo redujo á la obligación de restituirle lo que había ya perdido; y en la paz algunos rayos de su antigua gloria brillaron en sus últimos días. Era natural que la Francia permaneciese aún siendo fuerte; ¿pero era justo el objeto de Luis XIV? ¿Lo consiguió? Pensaba restablecer á los Estuardos, y los vió irrevocablemente rechazados por la nueva dinastía, que hizo á la Inglaterra árbitra de la Europa. El imperio era tan débil, y tan ocupado se encontraba su jefe de otra cosa que del cuidado de conservar su dignidad, que no debe causar admiración el que Luis XIV consiguiese extender sus fronteras por aquella parte; pero los medios fueron detestables, y la misma debilidad no puede servirle de excusa. Quería abatir á la casa de Austria, y esto empleando hasta á los turcos, y por el contrario, reanimando en ella el espíritu militar la sacó de su entorpecimiento, de manera que se libró de las amenazas de los musulmanes, consolidándose en lo interior y destruyendo á los rebeldes, favorecidos por el rey de Francia. Es cierto que colocó á uno de sus hijos en el trono de España; pero fué ayudado por las faltas de sus adversarios, por la caída de Marlborough, por la muerte de José I; en fin, fué con tantas restricciones, que aquel país llegó á ser extraño á la Francia, y hasta su

enemigo. Quiso oprimir á la Holanda, y sepultó su fortuna en los mismos pantanos en que la había perdido Felipe II. Quería abatir á Guillermo de Orange, y le proporcionó la ocasión de mostrarse grande en medio de numerosos obstáculos, de celos de la libertad, y en frente de un enemigo poderoso y absoluto.

Si se le compara con aquel príncipe, su rival personal y enteramente opuesto á su política, Luis XIV se presenta rodeado de artistas y literatos, con una pleiada de hombres ilustres: Guillermo sólo con su constancia. La ambición del rey le inclina á atacar la libertad de los pueblos: Guillermo la defiende con su cuenta y riesgo; acoge á las víctimas de la intolerancia de su enemigo, haciendo prosperar las artes y la literatura, á medida que abandonan á la Francia. Luis XIV puede lo que quiere: Guillermo se ve arrastrado por una constitución sospechosa; pero trata de alargar su cadena y no de romperla. De esta manera consigue que los ingleses le llamen para garantizar su libertad de la feroz tiranía de los republicanos y del envilecimiento que produce el yugo de los Estuardos. Luis XIV señala los primeros años de su reinado con brillantes victorias: Guillermo pierde todas las batallas; pero se repone con la constancia, y concluye por conseguir la victoria. En fin, Luis XIV termina su carrera en la miseria y el abatimiento, al paso que Guillermo acaba sus días sobre un trono al que ha sabido dar brillo, reconociendo los privilegios del pueblo que le llamó.

Mezclando Luis XIV la violencia en los asuntos de la Iglesia y de la fé, amenazó, por una parte, hacer estallar un cisma, y excitó por otra una reacción, que no debía tardar en declararse en una guerra decidida entre el trono y el altar.

Si ascendió á la Francia al primer rango entre las naciones, las dificultades habían sido ya vencidas por Richelieu y por la regencia; pero comprometió el designio de Enrique IV y de los ministros de su padre, extendiéndole demasiado: de esta manera suscitó el odio, la desconfianza, la sed de venganzas, que tanto más vivas cuanto más comprimidas se encuentran, fueron el sentimiento general de toda Europa: culpas graves que produjeron más tarde su efecto, precisamente cuando cesaban las

provocaciones, y cuando sus grandes generales habían formado los del enemigo.

Luis XIV hubiera podido, por sus propios méritos y por los de los personajes de que se hallaba rodeado, con un parlamento que hacía la voluntad del rey, con un pueblo que consideraba la gloria del soberano como la suya propia, labrar la felicidad de su nación, al paso que no pensó más que en enervar todas las fuerzas de la constitución, inspirando temor y deslumbrando las miradas. Envía á perecer á remotas tierras á los veteranos acostumbrados á la guerra civil, se abroga las promociones militares, y funda sus proyectos, no en la capacidad del pueblo, sino en su paciencia. Un ceremonial tan costoso como lujoso aísla de la nación; sus ministros, á ejemplo suyo, se separan también de ella, y se convierten en tiranos misteriosos, celosos del bien que puede hacerse sin ellos. No le bastaba que el parlamento fuese dócil, le era preciso que fuera mudo, que el clero estuviese avasallado, y preparó para su sucesor la continuación de la nulidad nacional.

Si Luis XIV hubiese conocido las necesidades de lo futuro, hubiera apoyado el trono sobre bases más sólidas, en lugar de elevarlo sobre la inviolabilidad del despotismo. La Francia le había demostrado la fuerza de la clase media; debía, pues, haber pensado en organizar este tercer estado tan vivo. Al lado de una Cámara de nobles, llamados á dar consejos al Estado, hubiera podido, en lugar de agitarla con facciones, establecer una Cámara de la clase media, que hubiera sido un admirable auxiliar para el monarca, y esto cuando le ofrecía el ejemplo la Inglaterra. De esta manera hubiera evitado la revolución, á la que, por el contrario, dió impulso, oprimiendo á la nobleza, y excluyendo á la clase media de las distinciones honoríficas. Pues si la nobleza, que se encontró mucho tiempo debilitada por las numerosas pérdidas á que la expuso, con el título de gloria, en San Gotardo, en Candía y en Argel; si el pueblo pareció contentarse con la seguridad y protección que obtenía, aquel estado de cosas no podía ser más que temporal, y debía ceder el puesto á la inquieta esperanza de favorables circunstancias para efectuar, por la fuerza, lo que por el derecho no podía conseguir. Sea lo

que se quiera, la manía de las conquistas y la incapacidad ó la mediación de los consejeros, de que se rodeó en su ancianidad, hicieron que Luis XIV fuese maldecido por los extranjeros y por la misma Francia, desde el momento en que cesó la ilusión de la gloria.

Aquella ilusión tuvo un término. A medida que desaparecían los grandes hombres que le rodeaban, el entusiasmo hacia el gran rey se entibiaba: no podía dirigirse el odio contra los ministros, cuando había querido atraerlo á sí; no existiendo ya las libertades, se sabía que todo procedía del rey. Era preciso que reducido el Estado á un hombre, se asociase á la suerte de aquel sér frágil. Los cortesanos, que le veían de cerca, se burlaban de él en secreto; los que respetaban aún al rey con sus errores, eran aquellos que le habían adulado ménos en su prosperidad, por ejemplo, Fenelon, y el pueblo, que compadecía sus pesares domésticos, y cuyo dolor fué noble y desinteresado, como todo lo que procede del pueblo.

El principio y fin del reinado de Luis XIV recuerda aquellas máscaras antiguas, en las que por una parte representa la risa, y por la otra el llanto. El fastidio llegó á ocupar el vacío que habían dejado las vastas ideas; á los grandes dolores sucedieron los grandes cuidados, aún más difíciles de soportar. Las mezquinas persecuciones, las sentencias reservadas por jansenismo, la pequeña oposición del cardenal de Noailles, entristecieron á un reino humillado en el extranjero. Luis XIV creía tan importante domeñar á Quesnel ó á las religiosas de Puerto-Real, como rechazar al príncipe Eugenio de las fronteras del reino. Se privaba, por sus opiniones, de los servicios útiles de hombres que pensaban de otra manera que él, aunque luchando entre el deseo de reprimir la herejía y el temor de maltratar á la virtud. Los grandes talentos que Luis XIV había favorecido en otros tiempos fueron considerados culpables, ora porque mostrasen tibieza, ora porque se atreviesen á sustituir la verdad á eternos elogios. Cubrióse de reliquias, como Luis XI, y la devoción de la corte fué, á ejemplo suyo, demasiado general para no ser sospechosa de hipocresía.

Al mismo tiempo se diría que se había tratado de distraer al pueblo de los males públi-

cos, corrompiéndole y fomentando sus pasiones. Las composiciones de Dancourt y Légrant aparecieron en el teatro, donde ostentaron más licencia que las de Scarron y Montfleury; la ópera estaba llena de obscenos equívocos. Conservóse un lujo de costumbre, á falta de placeres y gloria, aunque fué más oneroso por la penuria de las rentas. Sobreviviendo Luis XIV á todos los hombres que le habían formado una aureola, á su hijo, á sus nietos, se vió rodeado de un pueblo que obedeció por rutina, pero sin entusiasmo; no se dirigió ya sino por los consejos de su confesor y por los de la mujer que le dominaba. Madama de Maintenon, que participaba de su poder y de su fastidio, se vió obligada á sufrir los cuidados de aquella condición, y el suplicio de divertir á un anciano gastado. Al mismo tiempo, la necesidad de tener con él reserva en sus discursos, le impidió mostrar una voluntad firme y le precisó á recurrir á la intriga.

Más que indulgentes los franceses con respecto á las galanterías de sus reyes, no perdonaron nunca á Luis XIV aquel afecto hacia una mujer que no se atrevía á hacer pasar por querida, ni á reconocer como esposa, por lo que no encontraron en ella nada tierno ni jóven, nada capaz de despertar el interés.

Luis XIV había conocido, pues, el exceso de la grandeza y el del infortunio, el ruido de las alabanzas y la reacción del menosprecio, en la que había más despecho que verdad. Sin perder, no obstante, nada de su íntima confianza en sí mismo, ni de su autoridad sobre el pueblo, siempre tan arbitrario y altanero, enviaba á su nieto al trono de España, con recomendaciones tiránicas; prodigaba el dinero para agrandar á Marly y satisfacer aquella manía de edificar; urdía tramas en Inglaterra, meditaba la reunión de un concilio nacional para proscribir la mitad del clero. Nunca en medio de tantos escritos, en los que se muestra cuidadoso de la opinión, se le escapa una sola palabra que revele el deseo de ser amado. Ahora bien, dejaba morir el país pobre, y al mismo tiempo poseía inútiles tesoros en pedrería, suntuosos muebles y palacios; una numerosa servidumbre que recompensar, varios hijos naturales, cuyo porvenir afectaba su corazón. Había reducido al parlamento á tal servilismo, que, en contra

de las leyes del país, le hizo declarar que, á falta de herederos legítimos descendientes de su persona, sus hijos naturales legitimados sucederían en la corona.

La nación, que le había plaudido cuando se presentaba en el ejército entre su mujer y dos queridas, se creyó entonces insultada por aquella pretensión del rey devoto de querer dar la corona de San Luis á los frutos de un doble adulterio. Tuviéron éstos gran parte en su testamento; pero debió conocer que las facciones de la corte no esperarían, para estallar y destruir su obra, más que el tiempo que le durase la vida.

En sus últimos momentos decía á su heredero: *Hijo mio, no olvideis vuestras obligaciones para con Dios; procurad vivir en paz con vuestros vecinos. He amado demasiado la guerra; no me imiteis en esto ni en los excesivos gastos. Tomad parecer en todo; tratad de conocer lo mejor, y seguidlo. Consolad al pueblo con todo vuestro poder, y haced lo que yo he tenido la desgracia de no hacer.*

Fué un relámpago momentáneo. Todos se admiraban de la tranquilidad de su conciencia, hasta el grado de que las gentes timoratas concebían serios temores por su salvación. El hecho es que, después de haberse confiado toda su vida á otros, sin siquiera sospechar que se atreviesen á engañarle, entregaba aún entonces el asunto más importante para él á los directores de su conciencia, á quienes sólo decía: *Si me habeis engañado, habeis hecho un gran mal.*

Aún respiraba, y era ya abandonado por aquellos que le habían incensado con miras interesadas; hacia el duque de Orleans, designado como regente, se dirigían todas las miradas. Madama de Maintenon se retiró á Saint-Cyr, como si la religión le prescribiese otro asilo que la cábecera de su esposo, á quien tributaron los últimos cuidados unas mercenarias.

La madre de Luis XIV le había dicho en su infancia: *Procura asemejarte á tu abuelo, no á tu padre; pues lloraron en la muerte de Enrique IV y rieron en la de Luis XIII.* En la suya Massillon no le dispensó de los ataques acerados en su discurso de recepción en la Academia; en Roma le negaron las exequias reales; París dispuso expresamente tiendas para beber,

cantar y divertirse como en un regocijo público. No recordando la muchedumbre más que diez años de miseria é hipocresía, insultó sus funerales, ultrajó su nombre y el de su mujer, prometiéndose en el reinado de su sucesor gloria y esplendor: ilusión de costumbre en los pueblos desgraciados.

CAPÍTULO XI

Escandinavia.

Necesariamente debía caer la Suecia de la categoría á que la había elevado Gustavo Adolfo cuando sucumbió este príncipe en el campo de Lutzen; sostúvose, sin embargo, predominante en el Norte, y si el proyecto de Carlos Gustavo se hubiese verificado, hubiera podido permanecer algún tiempo entre el número de las potencias principales.

Cuando Gustavo Adolfo marchó para la expedición (1632), de la que no debía volver, había dejado el gobierno en manos de ministros hábiles, que después de su muerte hicieron elegir á Cristina, su hija, con una regencia compuesta de cinco miembros. Estos eran: Jacobo, conde de la Gardia, livonio; Carlos Gyllenhielen, gran almirante; el gran canciller Axel Oxenstiern, con uno de sus hermanos y uno de sus primos, provistos de instrucciones bastante detalladas para impedir todo abuso de poder. Habiendo sido excluida de la regencia la reina viuda, huyó descontenta á Prusia; y Cristina, conforme á los deseos de su padre, recibió la educación de un hombre; hizo, pues, estudios clásicos, y al mismo tiempo Oxenstiern iba todos los días á instruirla en los asuntos del gobierno y de la política.

Los regentes hubieran querido conservar las conquistas de Gustavo Adolfo en Livonia, y sobre todo en Prusia, en atención á que libertaban al país de la Polonia y quitaban á esta potencia el acceso por mar. Pero no pudiendo conseguirlo con las armas por la guerra de Alemania, aceptaron en Strumsdorf un congreso (1635), en el que intervinieron como mediadores la Francia, la Inglaterra y la Holanda, con el elector de Brandeburgo. Aquellas potencias tenían interés en humillar á la Suecia. En su consecuencia, después de largas y complicadas intrigas, se convino en una tregua de veinti-